

# Huellas norteamericanas en la cultura cubana contemporánea

**Alfredo Prieto González**

*Investigador y editor. Revista Temas.*

Un académico del área de Cambridge me dijo un día que los cubanos podíamos considerarnos afortunados, porque éramos, junto a Iraq, uno de los pocos lugares del planeta donde la cultura norteamericana no había llegado. Sospecho que lo que él vio entonces como una virtud, para mí constituyó un obvio indicador de despiste, toda vez que en la afirmación no había ni el más ligero asomo de cinismo. El problema consistía en que el colega estaba asumiendo demasiado mecánicamente el conflicto bilateral, y sobre todo rechazando la estandarización de la cultura norteamericana, resumida en los anuncios de Coca Cola y el imperio del *fast food* que tanto se han expandido con la globalización y llegado a lugares hasta hace poco impensables como la Plaza Roja de Moscú.

Este ensayo tiene, forzosamente, un alcance limitado. No constituye una investigación rigurosa, sino inspirada más bien en el deseo de acentuar que de demostrar. Se trata aquí de abordar la presencia cultural norteamericana en Cuba después del triunfo de la Revolución, y no de estudiar, en sentido estricto, la relación cultural bilateral en tanto canal de dos vías que el propio concepto supone. Un trabajo integral en estos dominios tendría que considerar, pues, la influencia de la cultura cubana en los Estados Unidos —no menos real— que desde luego

preexiste al establecimiento allí de una comunidad cubana después de 1959.

Se trata de una relación bicentenaria que, debido a su naturaleza misma, ha dejado inevitablemente una huella específica en la cultura cubana, y que desborda la esfera de lo político. Por cercanía geográfica, por geopolítica y otras causas, los Estados Unidos han constituido un referente demasiado importante en la realidad cubana de todos los tiempos. Desde el Norte, Cuba fue codiciada, considerada esa fruta madura que caería al extinguirse el dominio colonial español, y sumida finalmente en un *status* neocolonial de casi sesenta años; del lado cubano una corriente de pensamiento, profundamente nociva para la idea misma de la nación, pero que también tuvo algunas expresiones en el temprano independentismo,<sup>1</sup> postuló la anexión a una Unión en la que muchas de sus estrellas habían sido incorporadas mediante la compra o la rapiña contra pueblos y comunidades enteros —incluyendo el etnocidio.

Vista desde Cuba, es evidente que la relación tiene dos dimensiones. Hay, por una parte, reacciones y actitudes de rechazo —por añadidura en el ámbito político— que coexisten con sentimientos de atracción, como si se tratara de dos caras de una misma moneda o de una dinámica donde se mezclan el odio y el magnetismo.

En este último sentido, se ha señalado que, para los cubanos contemporáneos, la comparación con los estándares prevalecientes en los Estados Unidos constituye un «hecho natural», percepciones que se deben no solo al éxito de la comunidad cubana —una idea magnificada por la propaganda al uso—, sino también al *continuum* cultural que ha atravesado relativamente incólume treinta y siete años de conflicto, y a la huella que han dejado los derechos traídos por la Revolución en la conciencia de las personas.<sup>2</sup>

José Martí, modelo y paradigma de la opción del rechazo, vivió en los Estados Unidos quince años de su vida organizando una guerra de liberación nacional. Su legado sobre las dos Norteaméricas —la de Lincoln y la de Cutting— es imposible de obviar en medio de otras valoraciones absolutamente definitivas para la cultura política cubana. Junto a esto, está también la atracción y el reconocimiento de una cultura que Martí entendió y valoró como nadie en su momento americano. Expresó así no solo su oposición a la Norteamérica oficial, a los monopolios, los millonarios y al expansionismo de la «Roma americana» —al punto de escribir sobre lo último, como una obsesión, apenas unas horas antes de su muerte—, sino también a ciertos componentes de la psicología social norteamericana como el desmedido culto a la riqueza, la irracionalidad social y la violencia festinada, elementos constitutivos del carácter de la nación prácticamente desde su surgimiento como categoría histórica suficiente. Pero hay en Martí, de modo paralelo, una apreciación por la cultura norteamericana, evidenciada en sus empatías con el pensamiento de Ralph Waldo Emerson —de quien admiró «su mente, su ternura y su cólera»<sup>3</sup>— y en su devoción por la poesía de Walt Whitman, vertida en un ensayo precursor que por lo mismo supo ver, más allá de convenciones y prejuicios prevalecientes, la valía y «novedad absoluta de su obra poética»,<sup>4</sup> como intuyendo su comprobada importancia para la poesía y la literatura posteriores.

Si el conocimiento es en Martí algo más que una mera actividad especulativa o libresca del espíritu, el de los Estados Unidos está presidido, con mayor razón, por esa voluntad de servicio que recorre cada palmo de la obra y ejecutoria martianas. Los *conoce* desde las entrañas —es decir, desde su totalidad esencial interna, cielo e infierno—, y los cataloga de *monstruo*, no solo ni principalmente por su dimensión física tangible, sino por los peligros que en ellos identifica para su país y para esa otra patria mayor que denomina nuestra América. Por consiguiente *conoce* las interioridades de la política, la historia, la vida social, el pensamiento del expansionismo y de los fundadores de la nación norteamericana. De Thomas Jefferson retiene el «nada sería más conveniente»,<sup>5</sup> una alusión explícita a su pensamiento sobre Cuba, «la más interesante adición que podría hacerse a nuestro sistema de estados»,<sup>6</sup> aunque por otro lado no deje de reconocer la proyección democrática del pensamiento jeffersoniano en el contexto interno norteamericano.

Este conocimiento, unido a las experiencias y actividades políticas que desempeña en los Estados Unidos, lo conduce a una afirmación terminante en un apunte de 1894: «Y Cuba debe ser libre —de España y de los Estados Unidos».<sup>7</sup> Ve a los Estados Unidos *desde* el prisma de su circunstancia y las especificidades concurrentes; su perspectiva es la de un cubano procedente de una realidad con identidad, historia y valores propios. Este es un aspecto de la mayor importancia para la comprensión de su ideario.

Pero escribe también sobre otras aristas de la realidad norteamericana de su momento. Procura aprehender aquello que, en lo cultural, podría resultar útil para las repúblicas de la *otra* América, y conforma un abanico tan diverso de asuntos, noticias y juicios, que evidencia su amplitud de miras y su distanciamiento de cualquier aproximación estrecha o sectaria a los Estados Unidos. Abarca tanto lo humano como lo divino. Informa sobre cómo se imprimen los libros en Nueva York, las revistas norteamericanas literarias y científicas —*Harper's*, *Century's Magazine*, etc.—, libros nuevos sobre antropología, historia, el sistema político, el arte y la pintura en los Estados Unidos. Incluso traduce al español las novelas *Called Back*, de Hugh Conway, y *Ramona*, de Helen Hunt Jackson, así como varias obras didácticas para la casa editorial Appleton de Nueva York. Lo hace no solo para ganarse el pan y hacer el verso, sino porque está convencido de que el conocimiento sobre los Estados Unidos constituye una necesidad vital para los cubanos, en contraste con el etnocentrismo palpable en el universo euronorteamericano, a su modo una expresión del «aldeano vanidoso» que cree que el mundo entero es su aldea. Por nuestra universalidad, escribe, «les somos superiores». Y añade: «nosotros tenemos la necesidad de la expansión. El mundo entero nos interesa. De Francia, la luz, y de España, y de Inglaterra, y de los E. Unidos. En ningún país del mundo se encuentran relativamente tantos hombres generalmente ilustrados».<sup>8</sup> De ahí entonces la necesidad de retener una enseñanza: «Para conocer a un pueblo —sentencia en 1887 refiriéndose a los Estados Unidos— se le ha de estudiar en todos sus aspectos y expresiones: jen sus elementos, en sus tendencias, en sus apóstoles y en sus bandidos!».<sup>9</sup>

## La imagen aprendida

Si se quisiera verificar el lugar que se concede a los Estados Unidos en Cuba, cabría en principio remitirse a los libros de texto escolares. Por sobradas razones, los libros de Historia de Cuba utilizados en la enseñanza primaria, media y media superior enfatizan en distintos grados los aspectos sórdidos de la presencia norteamericana en Cuba, y en especial los problemas derivados de la hegemonía de los Estados Unidos en detrimento de la autodeterminación y soberanía nacionales. Estos libros transmiten al estudiante la memoria histórica, vista a través del *ethos* nacional y de valores como el antimperialismo, al conectarlo con

aspectos medulares de la relación bilateral, tales como la oposición a la independencia de Cuba por parte de las administraciones norteamericanas del siglo XIX, el anexionismo y la valoración de José Martí, las intervenciones militares, la Enmienda Platt, la creciente enajenación del patrimonio cubano, la injerencia en los asuntos internos durante la República y los intentos por destruir a la Revolución desde los inicios del proceso.<sup>10</sup>

Estos y otros referentes, conducen a una resultante donde prácticamente todo lo norteamericano se valora como nocivo y enajenador de la esencia nacional. Tienden así a perderse las distinciones entre los efectos negativos de aquella hegemonía y la presencia de influencias culturales que no cumplieron una función fatalmente perversa o contraria a la cubanía. Resultan escasas o inexistentes las alusiones a los norteamericanos que, a contrapelo de la postura de su gobierno, asumieron actitudes prácticas favorables a la verdadera independencia de Cuba (el caso de Frederick Funston es tal vez el más ilustrativo, pero no el único); aunque se conozca bastante, si no por los libros de texto sí por la educación extraescolar, la presencia en la manigua junto a los mambises, de Henry Reeve, «El Inglesito», y en los dibujos animados de Elpidio Valdés —bien significativos en la formación de los niños— aparezca eventualmente algún personaje norteamericano, como también español, luchando junto a los cubanos en el campo insurrecto. Estas ausencias contribuyen en definitiva, tal vez sin proponérselo, a identificar todo lo norteamericano como *enemigo*, a despecho de lo que ocurre en el discurso del liderazgo nacional en el sentido de diferenciar *pueblo* y *gobierno* como dos entidades distintas.

La asimetría entre las dos culturas se expresa en la manera, frecuencia e intensidad con que cada una ve a la otra. En los libros escolares norteamericanos, Cuba aparece, la mayoría de las veces, como escenario de la confrontación entre poderes, un ejemplo clásico de una mirada hacia el Sur que trasluce la perspectiva de la gran potencia. La Guerra Hispano-Cubano-Americana (no por azar conocida en los Estados Unidos como Guerra Hispano-Americana), y la Joint Resolution de la época de McKinley —que establecía en su letra el derecho del pueblo cubano a ser libre e independiente— son vistas como concreciones del idealismo altruista, del «espíritu libertario norteamericano», lo que constituye una de las bases de la creencia de que Cuba debe su independencia a los Estados Unidos —una idea que para los cubanos resulta inaceptable.

Más allá de ese episodio, y de la posterior alusión a la Isla como teatro de la Crisis de los Misiles de 1962, apenas existe en los libros norteamericanos referencia al país, ni a la lógica interna de la relación bilateral. Las menciones a la revolución triunfante en 1959 están sobredeterminadas por este prisma cultural y encerradas en el marco de las relaciones Este-Oeste, donde Cuba es apenas una ficha en el tablero. Esta última percepción, altamente amplificada por el discurso dominante en los medios de difusión norteamericanos desde principios de los años 60,<sup>11</sup> condiciona entonces la lectura de la ruptura como una

especie de desagradecimiento o deslealtad de los cubanos, o la refiere a la intención de la dirigencia revolucionaria, que habría buscado *a priori* el conflicto con los Estados Unidos como vía para afirmarse en el poder.<sup>12</sup> La cultura norteamericana, como resultado de valores actuantes en ella, privilegia al individuo más que al proceso histórico en que este se inserta.

Los problemas apuntados constituyen también una consecuencia de la concepción de la historia y de las deficiencias palpables en los diferentes libros de texto norteamericanos. Enfoques críticos diversos han advertido en estos una labor de *white-washing*, es decir, una operación intelectual de «limpieza» que suprime o minimiza capítulos nefastos de la historia nacional, y que se manifiesta además en la permanencia de patrones racistas hacia los americanos nativos y la comunidad afronorteamericana, a reserva del multiculturalismo y del innegable impacto del movimiento de derechos civiles sobre esa «historia oficial».

La perspectiva dominante enfatiza narrativas como el «excepcionalismo americano» o la moralidad en cuanto motivaciones de políticas, lo que conduce al mito de que los Estados Unidos son el país que ha concedido más ayuda externa a los débiles y necesitados. Como ha apuntado James Loewen, estos libros ven las políticas norteamericanas «como parte de un plan moral donde los Estados Unidos actúan típicamente a partir de los derechos humanos, la democracia y el modo de vida norteamericano. De acuerdo con este punto de vista, cuando los norteamericanos lo han hecho mal, se ha debido a que otros no nos comprendieron [...] Pero siempre nuestros motivos fueron buenos. Este enfoque puede denominarse “la perspectiva de la buena gente internacional”».<sup>13</sup> El proceso de representación y apropiación del pasado está construido a partir de una perspectiva capitalista, blanca y masculina, y sirve como vehículo de preservación del *status quo*: es la contribución de la escuela a la reproducción ideológica del sistema.

Como resultado de todo lo anterior, la influencia cultural Estados Unidos-Cuba ha sido, en general, bastante poco estudiada a ambos lados del Estrecho de la Florida. La academia cubana no ha producido hasta hoy un trabajo específico exhaustivo, al margen de aportes parciales y notas de ocasión dispersas en publicaciones nacionales: se carece de un análisis abarcador de la influencia cultural norteamericana después del triunfo de la Revolución.

No muy diferente resulta el panorama en los estudios cubanos en los Estados Unidos. Un examen de la bibliografía disponible,<sup>14</sup> arroja la ancilaridad del tema respecto a otras líneas de investigación a las que se les ha concedido mayor peso. La cubanología tradicional —o la cubanística, como la llaman algunos— no ha puesto, hasta ahora, el necesario énfasis en esta problemática por haberse concentrado en el *núcleo duro* de su agenda —el sistema político cubano, la política exterior, la economía y, últimamente, los distintos escenarios de la «transición»—, lo que ha conducido a desatender otras parcelas de la realidad cubana.

La obra de Louis A. Pérez, Jr., *Cuba and the United States. Ties of Singular Intimacy* —hasta hoy el estudio más articulado sobre los nexos históricos e influencias recíprocas—,<sup>15</sup> enfatiza la «ruptura y desconexión» durante la época revolucionaria. Como consecuencia, a pesar de que se admita que el fin de las relaciones formales no implica el cierre de esa influencia, de hecho se otorga poco espacio a la relación cultural «por encima» de la disrupción. El capítulo dedicado a la época revolucionaria privilegia así el cese de los vínculos económicos y sus efectos multilaterales; también pasa revista a la dinámica política bilateral, la emigración de cubanos a los Estados Unidos, su inserción y movilidad social, etc., pero de hecho tiende a establecer un corte tajante al afirmar que con el triunfo de 1959, «se establecieron las condiciones para la expulsión final de toda influencia norteamericana»<sup>16</sup> y, por ello, a no atender en medida suficiente la porosidad subterránea más allá de las implicaciones psicosociales que trajo para el país la entrada masiva de la comunidad cubana a fines de la década del 70.<sup>17</sup>

## Antecedentes en el siglo xx

Las investigaciones históricas han reconstruido las estrategias de la dominación norteamericana en Cuba, implementadas desde principios de siglo, consistentes básicamente en la idea de *ilustrar* a las élites cubanas e inculcarles una concepción etnocentrista, que partía de la estricta superioridad del «modelo anglo», y de que, por consiguiente, los valores en él contenidos constituían las claves de cualquier modernidad posible.<sup>18</sup>

Durante los primeros veinte años del siglo quedaron establecidas las bases de ese proceso, que no haría sino profundizarse y adquiriría dimensiones dramáticas en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial. Desde la primera intervención militar norteamericana (1899-1902), uno de los sectores priorizados en esa empresa ideocultural, dada su importancia para la reproducción de la dominación, fue justamente el sistema de enseñanza, que se caracterizó por el uso masivo del inglés y de libros de texto norteamericanos, incluso para la enseñanza de la Historia de Cuba.

La controvertida reforma educacional impulsada por el gobierno interventor y por el consejero Alexis E. Frye, contuvo directrices marcadamente anexionistas dirigidas a devaluar el propio pasado nacional: la historia se contaba desde la perspectiva ajena, como en las antípodas mismas del programa martiano. Un historiador como Herminio Portell Vilá, enfrentado al estudio de la educación cubana del período, constató que «la enseñanza obligatoria de asignaturas como Historia de los Estados Unidos y rudimentos de Historia de América [estaba] casi circunscrita a la del pasado de las Trece Colonias de América del Norte, con textos escritos e impresos en los Estados Unidos, y cuya tendencia, como el hecho

bien elocuente de su enseñanza a tiernos niños cubanos, era inspirar en las nuevas generaciones ideas favorables a la anexión».<sup>19</sup>

Como complemento,<sup>20</sup> se produjo un proceso de penetración de diversas denominaciones protestantes, no solo en la capital, sino en el interior del país, donde la hegemonía católica había dejado espacios vacíos, manifiestos en la inexistencia de iglesias en los campos.<sup>21</sup> Visto desde cierto ángulo, no era la fe lo que importaba mayormente, ni se trataba en rigor de una segunda evangelización: el problema consistía en introducir *valores* funcionales al «espíritu norteamericano» y que condujeran a desconstruir una identidad forjada en el transcurso de dos siglos, incluyendo los elementos de resistencia supervivientes en la conciencia popular. Los datos aportados por estudios e investigaciones historiográficas dan cuenta de un verdadero alud, compuesto por bautistas, metodistas, episcopales, congregacionalistas y cuáqueros que llegaron a disponer de una vasta estructura escolar para diseminar sus mensajes. La introducción del protestantismo, sin embargo, no alcanzó a desplazar la peculiar religiosidad del pueblo cubano —caracterizada por el sincretismo o ese ser «católico a mi manera»— que consideró a esas instituciones, por lo menos en ese período, como «iglesias de norteamericanos».<sup>22</sup>

De acuerdo con un historiador, el catolicismo era visto por los norteamericanos como intolerante, fanático y venal —la antítesis misma de los peregrinos del *Mayflower* y del espíritu empresarial que había edificado a los Estados Unidos. Según la creencia general decimonónica, compartida tanto por el reverendo Jeddediah Morse como por el mismo Walt Whitman, los españoles «dedican la mayor parte de su vida a la holgazanería y a los placeres inactivos. Son lujosos sin diversidad ni elegancia. Su carácter es de una grave y engañosa insignificancia».<sup>23</sup> Un razonamiento que llevaría más allá el general Samuel B. M. Young en el contexto de la primera intervención norteamericana, referido esta vez a los mambises: «los insurgentes son una turba de degenerados carentes de honor y gratitud. No son más capaces de autogobierno que los salvajes de África».<sup>24</sup>

La otra apoyatura del trípode fue la aparición del turismo como elemento de contacto masivo. Como es sabido, Cuba llegó a desarrollar una poderosa «industria sin humo» que le llevó a obtener el dudoso privilegio de ser conocida como el lupanar del Caribe, al que los norteamericanos venían a deshacerse de las inhibiciones y tabúes de la moral puritana, y ciertas mujeres a someterse a algunas actividades prohibidas, como prácticas clandestinas de aborto —una sustantiva fuente de ingresos para clínicas y médicos del patio. Ya para la tercera década de este siglo distintas excursiones originadas en los Estados Unidos trasladaban a Cuba, sobre todo a la capital, miles de turistas.<sup>25</sup>

El proceso alcanzó un punto paroxístico en la década del 50. Un sistema de *ferries*, en operación desde los años 20, conectaba a La Habana con distintos puntos de la Unión (Key West, Nueva Orleans, Nueva York) para el

trasiego de mercancías y personal diverso; el acelerado desarrollo de la aviación redundó en una infraestructura de transporte aéreo que relacionaba puntos como La Habana, Camagüey y Santiago de Cuba con el territorio norteamericano: hacia los años 50 llegó a haber 28 vuelos diarios a un costo de unos 45 pesos el boleto, en un contexto de paridad peso-dólar.

A mediados de esa década, el turismo norteamericano ascendió a unos trescientos mil visitantes anualmente, y la cifra de la comunidad norteamericana en Cuba rondaba las diez mil personas —la mayoría ejecutivos y hombres de negocios.<sup>26</sup> La floreciente industria del placer llegó a ofrecerles servicios diferenciados que no disponían en casi ninguna otra parte del globo.

«La exuberante Habana —escribía la revista *Time* en 1952— es uno de los antros de placer más fabulosos del planeta. El mundo entero baila al son de sus sensuales rumbas y mambos. Su gente de sociedad come en platos de oro, y sus suntuosos casinos están sepultados bajo el dinero de los ricos del azúcar».<sup>27</sup>

En ese contexto, la propaganda turístico-comercial, más la poderosa imaginería de Hollywood, contribuirían a fijar una visión internacional del país a la manera de *Weekend in Havana*. Los carteles de promoción anunciaban el disfrute de una «singular y hermosa Cuba, paraíso durante el invierno», y propagandizaban excursiones Habana-Santiago —ciudad «famosa por sus montañas y por el escenario de la Guerra Hispano-Americana»— o de La Habana a Guanajay, adonde se llegaba, bucólicamente, «por el más encantador trencito de los trópicos».<sup>28</sup> Los códigos de «lo cubano» subrayaban un primitivismo compuesto por la proverbial mulata, maracas, rumba, ron, tabaco y caña: una sublimación del monocultivo y la agroexportación que debían ser aceptados, cuando constituían, precisamente, dos de los problemas intrínsecos en que el capitalismo y la dependencia habían sumido al país.

La anterior no era, después de todo, la cuestión principal, dada la tendencia de la psicología social norteamericana a simplificarlo casi todo, sino el impacto que esas formulaciones llegaron a adquirir entre los propios habitantes de la Isla. Aparecieron así formaciones y conjuntos musicales «criollos» que reproducían, del nombre a la indumentaria, los mismos estereotipos fabricados por la maquinaria propagandística hollywoodense. La televisión, de la que el país fue primado en América Latina, pudo haber sido un formidable vehículo de socialización cultural, pero los límites impuestos por la ideología dominante la convirtieron en una empresa comercial destinada a promocionar y vender mercancías, y solo ofreció, cuando mucho, un producto de relativo valor artístico.

Pero también el turismo contribuyó a despertar sentimientos nacionalistas ante las manifestaciones de prepotencia y ofensa a la dignidad nacional, e hizo emerger el factor de la resistencia, tan importante en la conciencia cubana.

Como escribe Hugh Thomas, «la clase media alta cubana era imitativa y copiaba fácilmente los modos de conducta norteamericanos. Todos los cubanos ricos tenían dinero en los Estados Unidos. La mayoría había sido educada allí, y miraba hacia los Estados Unidos como su garante social. Muchos eran en realidad más norteamericanos que caribeños».<sup>29</sup>

Si los ricos iban a comprar a Miami, otros sectores lo hacían en Woolworth's (los todavía llamados *ten cents* que se multiplicaban en La Habana y las capitales de provincia); se comía pollo frito con papas en los *picken' chickens*; la vida nocturna de La Habana, entre las más dinámicas del continente, estaba saturada de *night clubs* y establecimientos de nombres emblemáticos que todavía perduran: *Turf*, *Johnny 88*, *Johnny's Dream*. El dinero corría en los casinos administrados por personal de la mafia. Lo más selecto de las «clases vivas» se asociaban al *Country Club* o el *Miramar Yatch Club* y se hacían construir fastuosas mansiones en el *Havana Biltmore* —su último reducto antes del triunfo revolucionario.

Lo distintivo de ese proceso, de más de medio siglo, es que no se limitó a las élites nativas, y con su tremenda fuerza expansiva logró envolver a la sociedad neocolonial en su conjunto —incluyendo, naturalmente, a los sectores populares. Los Estados Unidos se convirtieron así en el paradigma; el consumo de productos norteamericanos, y de la ideología que lo acompaña, se integraron a la realidad cubana, especialmente entre las capas medias, de un peso relevante en la vida nacional.

El idiolecto nacional fue crecientemente poblado de anglicismos. Una moneda de cinco centavos devino, como en los Estados Unidos, un *nickel*; muchas bodegas se convirtieron en *groceries* y en las familias abundaron los *Eddies*, *Richards* y *Frankes*, apelativos con los cuales todavía en Cuba suelen designarse popularmente a sus equivalentes españoles. El dominio del inglés devino un mecanismo de movilidad social ascendente. Un título de la Havana Business Academy otorgaba inusuales oportunidades de empleo. Luis Carbonell, el acuarelista de la poesía antillana, pudo entonces satirizar el proceso en una estampa. «No me llamen Francisco —dice un personaje del solar. Call me Frank».

## La Revolución Cubana: ruptura y continuidad de una presencia

La revolución triunfante en 1959 implicó inevitablemente la confrontación con los Estados Unidos y la consiguiente desconexión de una dependencia multilateral edificada a lo largo de los años, lo cual impactaría a la estructura socioeconómica del país con un sinnúmero de implicaciones. En 1960, los Estados Unidos decretaron la suspensión de la cuota azucarera cubana; ese mismo año, el presidente Eisenhower dio luz verde a la CIA para entrenar exiliados cubanos —una operación que culminaría, con Kennedy, en lo